



# En manos de los Especuladores

## EN CIEN DIAS CASI EL PARAISO

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

30 de Diciembre 87

...as claramente que nunca, los especuladores gobiernan la economía y, por consiguiente, la vida entera de este país. Un puñado de ellos, susceptible de clara identificación si las autoridades se lo propusieran, infló artificialmente la Bolsa de Valores y cuando ya estaba allí el medio millón de miembros de los sectores medios que, llevados por la codicia o el legítimo afán de protegerse contra la erosión inflacionaria, se convirtieron en inversionistas bursátiles, los dejaron colgados de la brocha y se marcharon con pingües ganancias. Eso provocó a continuación una embestida contra la paridad cambiaria, y el dólar se fue a las nubes en el mercado libre, no tardando ni un mes en que ese impacto se reflejara en el mercado controlado. Todo ello condujo a una desmesurada carestía que, homeopáticamente —lo semejante se cura con lo semejante, reza la doctrina de Hahnemann— busca ser curada con una voraz elevación de precios. La desembocadura, por ahora, de ese flujo de problemas y fenómenos ha sido un supuesto pacto de solidaridad, por cuya virtud, dentro de cien días (o quién sabe cuántos, porque algunos de sus firmantes hablan de dos meses y otros de tres) viviremos casi en el paraíso.

Sólo que en el esperanzado cálculo que ofrece devolvernos la tranquilidad económica, justo a tiempo para evitar que las elecciones federales se conviertan en el dictamen ciudadano contra el gobierno, faltará precisamente un protagonista, que son los propios especuladores. En ese pacto, si se acatara puntualmente por las partes, casi todos los precios quedarán bajo control, menos el precio del dólar, pues se padece y se práctica, en los atildados medios que rigen la política monetaria, un santo horror al control cambiario, al que se juzga medida propia sólo de regímenes autoritarios (como si éste no tuviera inclinación a serlo). De esa manera, en cualquier momento la especulación volverá a cargarse contra el peso, abatiendo su paridad frente al dólar, con la secuela de efectos perniciosos que ya hemos vivido, ante la impasibilidad gubernamental, y con efectos lesivos contra la reserva del Banco de México.

Esta ha sido minada ya por la especulación. El Banco anunció su retiro del mercado libre el 18 de noviembre, para no provocar una horradación en sus arcas, por la cual se colara el stock que tantos esfuerzos y aun sacrificios ha costado formar. Era una medida sana, porque ya habíamos practicado la contraria a mediados de 1982, y las cajas del banco central habían quedado exhaustas y aun hubo necesidad de trasmutar dólares presuntos en pesos, provocando el mayor agravio que los sectores medios hubieran sufrido jamás, porque se les canjearon codiciadas monedas extranjeras por despreciadas unidades mexicanas. Pero he aquí que el Banco de México no cumplió su decisión de retirarse, y ha estado presente bajo cuerda en el mercado, en apariencia para mantener un cierto nivel en el precio de la divisa, pero también minando los recursos que tanto trabajo nos costó (el plural no es inadecuado, como en el de la hormiga que en el cuerno del buey asegura "andamos arando", porque se trata de un esfuerzo nacional) sumar y mantener en el Banco de México.

El extraño fenómeno de que, a pesar de la sensible disminución de la oferta y la marcada elevación de la demanda, la tasa de cambio se mantuviera estable, revelaba claramente la presencia de una mano negra, no la invisible que, según el liberalismo económico, regula el mercado automática y casi mágicamente. Pero, negra o invisible, esa mano tenía un muñón, un antebrazo, un codo y un bíceps perfectamente localizables en la esquina de Cinco de Mayo y el Eje Central, es decir en las oficinas de don Miguel Mancera, quien tuvo que reconocer

finalmente que había, en efecto, una participación de la banca central en el mercado libre.

Por eso decimos que, cuando a fines de febrero o de marzo, las partes se pongan a negociar los incrementos que regirán en el mes siguiente, faltarán en la mesa de conversaciones los especuladores, quienes, por lo mismo, no contraerán compromiso alguno y podrán echar a rodar cualquier acuerdo que las partes hubieran convenido. El secretario de Programación y Presupuesto, Pedro Aspe, utilizó el otro día una imagen para explicar el mecanismo de concertación que habrá de poner fin a la inflación, según su propia expectativa: los asistentes a un juego de fútbol en un estadio repleto se ponen de pie ante una jugada espectacular, y cuando el momento estelar transcurre, nadie quiere sentarse, primero, porque quedaría en imposibilidad de seguir disfrutando del juego, ya que los demás ocultarían el paisaje; se precisa por lo tanto que haya un acuerdo en que todos convengan sentarse al mismo tiempo, a fin de que nadie quede desprotegido frente a los demás. Pero, en la metáfora de Aspe no se incluyó a los especuladores, que ni siquiera pueden ser invitados a sentarse, y por lo tanto permanecerán de pie, obligando con ello al resto de los asistentes a levantarse de nuevo de sus asientos y así hasta la eternidad. De esa manera, será ese puñado de personas, renuentes a toda solidaridad social, quienes marquen la pauta del comportamiento colectivo, es decir, serán quienes efectivamente gobiernen.

¿Cuál puede ser, entonces, la solución de fondo? Es difícil aportar recetas simplonas, pero acaso se podría tomar lecciones de la historia y de las conductas ajenas. En 1916, por ejemplo, cuando el ejército constitucionalista empezaba a dominar militarmente el país, debió enfrentar, en la ciudad de México, una muy conflictiva situación económica y social, provocada por muchos factores, pero especialmente por el ajuste monetario establecido por el propio gobierno, que debía sacar de la circulación todo dinero que no fuera el emitido por él. Reprimió rigurosamente la huelga general que los trabajadores organizados, pero no se lanzó únicamente contra ellos, como ahora ha ocurrido, sino que practicó la mano dura contra los comerciantes avorazados, que sacaban ilegítimo provecho de la situación, como también ahora ocurre. El gobernador militar general Benjamín F. Hill hizo aprehender a algunos de los más avorazados y los sometió además al escarnio público, haciéndoles barrer las calles céntricas de la población, a manera de moderno sambenito que los marcara y surtiera un efecto ejemplarizante. Claro que entonces el país estaba en guerra y se justificaban medidas extremas, como ésa, ajenas al marco de una legalidad precaria. Pero nos preguntamos si ambas condiciones no están en cierto modo reunidas de nuevo en la actualidad: nos preguntamos si no vivimos una emergencia análoga a las que provocan las condiciones bélicas y si no se ha debilitado el marco de legalidad por ello mismo.

Otros países ajenos a toda tentación socializante han establecido el control de cambios cuando así lo dictan las necesidades nacionales. Es preciso retomar esa idea, para que no se drenen las reservas mediante la participación, subrepticia, pero ya innegable, del Banco de México en el mercado libre. Se alega, con razón, que una zona fronteriza tan extensa y activa impide todo intento de regulación en esa materia, porque se haría impracticable someter a control toda operación realizada en dicha franja. Pero al menos se podría acotar el problema, haciendo que la especulación se convierta en la excepción, porque sean menores las regiones geográficas y económicas donde pueda practicarse, en vez de continuar todos sujetos a sus designios, que nada tienen que ver con los intereses de la mayor parte de los mexicanos.